

la atención general, porque la sencillez ha llegado á ser distinguida y original á fuerza de ser poco comun.

Ayudemos en lo posible las mujeres á sostener el edificio social, que se derrumba, y opongamos la fortaleza de la virtud y el encanto de la moderacion, á las tentaciones de la vanidad.

Huyamos del lujo, mónstruo devorador que se traga la paz y el bienestar de la familia: pólipo horrible é insaciable, que cuanto más devora más ansía, y que siempre está hambriento.

Para nada nos es necesario: ¿y por qué hemos de admitir el lujo tan caro y tan ruinoso cuando la distincion es tan barata, tan benéfica, tan adorable amiga de la mujer?

FELICIA.

VIII.

Continúo el tema de mi última carta, mi querida Julia, porque nunca creeré que te preparo demasiado contra las seducciones de la vanidad, ahora que estás casada, y que eres responsable de la tranquilidad y del bienestar de toda una familia.

Recuerdo que deseabas ser rica, y que amabas con exceso la elegancia y las diversiones, y estas aficiones que de niña eran excusables; hoy merecerian la más severa censura.

Y no serias tú una escepcion al pensar de este modo, no por cierto.

Generalmente se cree que la riqueza es la fuente de toda dicha; el manantial inagotable de todos los goces; la panacea de todos los males, y el origen de todas las venturas.

A conseguir la riqueza van encaminados todos los esfuerzos del hombre, y el deseo de la riqueza llega á ser una idea fija en el cerebro de la mujer.

Y, sin embargo, la riqueza ni aumenta la dicha, ni la trae al hogar cuando la desgracia se halla sentada á la puerta de este, y lo más estimable que hay en la tierra es la tranquila medianía, tan lejos de la opulencia como de la pobreza.

La gran riqueza es sobre todo inútil para la mujer de corazón y de talento, y no le trae más que un cúmulo de cuidados que la distraen de los tan dulces de la familia y de la amistad; porque la opulencia no la hace ni más bella, ni más elegante, ni más amada que un holgado y cómodo bienestar.

No son, generalmente, las mujeres que viven mejor, las que gastan en su guardarropa sumas exorbitantes; el amor al lujo se convierte en una especie de fiebre que hace incurrir en graves errores: he visto señoras que á la mitad de un invierno, pasado desde su principio en fiestas, bailes, convites y paseos, ya no sabían qué ponerse; tanto su imaginación se hallaba agotada con las más extraordinarias combinaciones.

¿Eran todas de buen gusto? ¿les favorecían todas? Ciertamente que no, y que muchas veces estas combinaciones fueron el pasto de la envidia, de la murmuración y aun de la sátira más mordaz.

El arte de vestir bien es difícil, y como todas las artes, llega á su más alto grado de brillantez cuando se cultiva con inspiración; hay mujeres tan maravillosamente dotadas del instinto de lo bello, que en ellas la elegancia es

una dote natural: lo más escéntrico en otras, es en ellas una gracia: un lazo prendido en el cabello, una orla de encaje, una flor colocada en el pecho ó en el talle, una sortija, un gesto, una sonrisa, una mirada, un mimo, una monada; ¡todo es en ellas adorable! ¡todo encanta y seduce!

Estas mujeres son las verdaderas reinas de la elegancia; todo lo que inventan les sienta bien: lejos de sujetarse á los rutinarios preceptos de la moda, son ellas las que pueden dar la norma con sus creaciones; pero lo que á ellas las hace parecer seductoras, no está bien á todas las demás, pues no son muchas las que nacen con un privilegio de elegancia y de distinción.

Generalmente estas mujeres no son ricas: en París, donde la que esto escribe ha estado muchas veces, ha conocido algunas que vivían de un arte, porque eran artistas de todos modos: artistas en el cultivo de la música y de la pintura, artistas por su elegancia nativa y encantadora.

Una, entre otras, daba lecciones de piano y de arpa, y tiene hoy uno de los más gloriosos nombres en la utilísima y gloriosa carrera de la enseñanza lírica: viuda á los veintidos años, madre de dos niños, y teniendo que cuidar del sustento de una madre anciana y enferma que vivía en su compañía, puede suponerse que esta pobre jóven no tendría grandes medios de fortuna, pues solo contaba en el mundo para su familia y para sí misma con el produc-

to de sus lecciones, que aunque ascendía mensualmente á una suma regular, por el mérito de las mismas, se invertía todo en las necesidades de la casa; y sin embargo, mi querida Julia, ¡jamás he visto una criatura más elegante, más dotada de ese encanto penetrante, que no solo atrae, sino que fija con una fuerza invencible!

Convidada con frecuencia en casa de sus ilustres discípulas, vestía casi siempre de seda negra ó gris, con algun encaje en el cuello y mangas de valor, herencia materna, y su única gala; sus solas joyas eran unos sencillos pendientes de oro y otros ornados de una perla: una cadena de exquisita simplicidad y buen gusto, sostenía un relojito liso, que llevaba oculto, y entre sus hermosos cabellos rubios, solía ponerse por todo adorno una flor natural

Así ataviada, asistía algunas veces á los banquetes de las damas más á la moda, á las fiestas de la alta sociedad, á donde no podía excusarse de asistir, porque á ella pertenecian sus discípulas; y en medio del raso, de las blondas, de las plumas, de los brillantes, su modesta elegancia, lejos de ofender á nadie, despertaba una simpatía general.

Su madre y sus hijos, séres tan queridos á su corazón, que la vida de árido trabajo que llevaba le parecía la más dulce, participaban de este perfume de distincion que se estendia á cuanto tocaba aquella encantadora joven; y su casa, modestamente amueblada, tenía el mis-

mo primor y delicadeza de detalles, que las personas que la habitaban.

El arte de vestir bien es saber elegir lo que dice mejor con nuestra fisonomía, con el color de nuestra tez, de nuestros cabellos y con el carácter particular de nuestra figura.

No se pueden seguir en absoluto todos los preceptos de la moda: por el contrario, hay que modificarlos casi siempre y suprimir ó aumentar en la hechura y en los adornos, detalles que constituyen toda la gracia de un traje ó de una confeccion cuando se atienden con cuidado.

Los encajss falsos, las pedrerías imitadas, todo lo que aparece como *querer y no poder*, es de un efecto deplorable; es mil veces mejor llevar un traje con poco de adorno, que otro recargado de ornamentos baratos y solo de apariencia; es mucho más elegante un vestido negro, que otro de un color llamativo, pero pasado de moda.

En lo que no se debe tener economía, donde cada señora debe gastar tanto como le permitan sus medios, es en los accesorios; el calzado y el guante es de primera necesidad que sean buenos á lo ménos todo lo bueno posible; el gran novelista Balzac, dice en una de sus obras, que conocía á una mujer distinguida en estos detalles, mucho más que en la riqueza de su traje, porque la riqueza está al alcance de muchas; en tanto que el buen gusto es patrimonio de muy pocas.

Los colores medios y oscuros, por lo mismo

que no son llamativos, son más elegantes que los claros y vistosos, y es también condición indispensable para vestir bien el tener pocos trajes, pues teniendo muchos se llevan siempre atrasados de moda, á no ser que constantemente se esté gastando en reformarlos.

Antes de saber vestir bien es necesario saber *comprar bien*; ó por mejor decir, lo segundo no se alcanza sin saber lo primero: cada señora debe pensar en las horas en que sale, y con arreglo á estas y á su método de vida, comprar sus vestidos, porque la que sale mucho de noche necesita trajes claros, y á la que tiene la costumbre de pasar las noches en su casa, le convienen más los vestidos oscuros y sencillos.

Uno de los medios más seguros de arruinar una fortuna que no tenga muy sólida base, es el que una mujer compre todo lo que le parezca bonito, sin más que por el gusto de comprarlo. Conozco una señora que tiene un armario lleno de encajes, de los cuales no empleará en su vida ni la menor parte, pues todos sus vestidos están ya guarnecidos con este rico ornamento: esta pasión por los encajes le ha llevado á gastar sumas exorbitantes en ellos, y hoy tiene empleado un capital que nada le produce.

Así sucede también con la compra continuada é irreflexiva de trajes, de muebles, etc...; llega un día en que se deplora amargamente la afición al lujo, ó más bien á la prodigalidad que compromete la fortuna, y que nada tiene que

ver con el buen gusto, con la elegancia, sino que suele ser su mayor enemiga.

La sobriedad y la modestia, están más acordes con la distinción, con el verdadero buen gusto, con la moderación que no provoca envidias, sino que, por el contrario, despierta simpatías de todas las personas de buen sentido.

FELICIA.

XI

Veo, mi querida Julia, que te he convencido acerca de las terribles consecuencias que trae un desmedido amor al lujo y á los placeres: lo esperaba, y creo que he extirpado en tu alma una semilla funesta, cuyos frutos podrán ser muy amargos.

Hablemos ahora del gobierno interior de tu

pequeño reino, para lo cual acaso te daré demasiado prolijas instrucciones; pero valga mi buen deseo y perdona á mis años, hija mia, el que insista en lo que considero necesario para la dicha.

No hay talento más útil para una mujer que el de saber dirigir bien su casa: todos los demás talentos son más brillantes y dan más gloria; pero aquel en cambio le trae la felicidad íntima, tan difícil de lograr en el mundo, al ver que su familia halla por su mediación el sociogo, la dicha y el bienestar.

El cumplir con sus deberes deja además en el ánimo una impresión agradable y plácida, que ninguna otra cosa proporciona: ¿y quién duda que el primer deber de una mujer es conseguir que su esposo, sus padres, sus hermanos, sus hijos y sus amigos, se hallen bien en el interior de la casa y no vayan á buscar fuera la dicha, la calma y las impresiones agradables?

Cuida tu hogar, y serás en él la reina adorada: cuida tu hogar, embellecelo, y tu esposo no irá á buscar á los lejanos distracciones y soláz ¡si todas las mujeres cuidasen sus hogares como yo te recomiendo, habría más moralidad en las familias, más paz en las conciencias, más alegría en las almas!

La ciencia de dirigir bien una casa se apoya ante todo en la experiencia, y es preciso, por consiguiente, familiarizarse con los detalles infinitos de que se compone; aunque esté dotada de las mejores disposiciones, de una vo-

luntad firme, de una habilidad notable, una jóven colocada desde el día de su matrimonio al frente de una casa, perderá en vanos ensayos un tiempo precioso, si no ha adquirido ya en la casa paterna conocimientos de la misión que va á ejercer bajo su propia responsabilidad.

Al jefe de la familia pertenece generalmente el deber adquirir los medios de subsistencia de los que dependen de él: mas sus esfuerzos serian vanos, insuficientes, y por decirlo así inútiles, la madre y la esposa desdeñase ó ignorase la gran ciencia de la economía.

La economía es la que constituye el ahorro y la que distribuye los gastos del modo más ventajoso para todos los individuos de la familia.

La economía es la que enseña los medios de obtener el bienestar manteniendo el órden, y la que dá á todas las cosas el aspecto elegante, que es la necesidad legítima de las organizaciones delicadas.

La economía es, en fin, la que indica el punto preciso á que se debe llegar para evitar dos defectos igualmente reprobables: la mezquindad y la prodigalidad.

Una de las necesidades de nuestros días—necesidad muy agradable por cierto—es la compañía en la mesa de algunos amigos. Hablemos, pues, un poco de las comidas íntimas, aunque te repita algunos pormenores.

Compónense estas generalmente de cuatro á ocho personas y se sirven con sencillez; consta

de cuatro entradas; un puré, una salsa, un pescado, un frito y un asado; entre los postres es de necesidad que figure un plato de dulce ó azucarado; la gran profusion de manjares, el número inmenso de platos que antes se servía en la comida de más confianza, es hoy de mal gusto.

Aunque se trate de una comida íntima, que es de lo que estamos hablando, los preparativos deben hacerse de antemano; una dama distinguida evitará siempre á sus convidados, aunque sean personas de su propia familia, la vista de las ruedas que se mueven para el bienestar de todos; nada es más desagradable que el ver á la señora de la casa afanada y aturdida, dejar la mesa para reparar un olvido, buscar sus llaves, revolver los armarios y ocuparse, en una palabra, delante de sus convidados de los detalles que deben estar previstos; es tambien de un efecto deplorable el oirla dirigir á los criados observaciones, recomendaciones; y sobre todo reconvenciones; la previsión activa é inteligente debe abrazar los detalles más importantes como los más ínfimos, y esta es la primera y la más importante de las cualidades de una ama de casa, de que ya te hablé en otro ocasión, antes de casarte.

Todos los objetos que componen el servicio de la mesa, es decir, la vagilla, el cristal y la plata, se limpian de antemano y se colocan en el comedor sobre las mesas de los ángulos preparadas para sostener estos objetos. Aunque tenga un gran número de servidores, la mayor

parte de estos cuidados pertenecen al ama de la casa; ella es la que debe preparar los postres, arreglar las frutas entre el musgo, rodearlas de hojas verdes y frescas, disponer los dulces secos y los *hors d'oeuvre* en los ángulos de la mesa: no puede dispensarse de examinar detenidamente si está todo perfectamente limpio, ni puede fiar tampoco de nadie en absoluto el cuidado de las luces, que á lo menos examinará tambien detenidamente para evitar que ardan mal ó que se apaguen, pues cualquiera de las dos cosas es de un efecto ridículo.

Estos cuidados están tambien en relacion con la economia; pues los objetos frágiles y costosos perecen en las manos de los criados; una taza de porcelana rota, una pieza de cristal ó de plata hecha pedazos ó abollada, suponen una suma no despreciable é inutilizan los esfuerzos hechos durante algun tiempo por una prudente economía.

La señora de la casa, pues, ó sus hijas, deben sacar de los armarios, preparar y volver á guardar despues de limpios, todos los objetos delicados del servicio, revisando y contando cuidadosamente todas las piezas, y haciendo buscar al instante si falta alguna.

Como medida general é infalible de buen arreglo y economia interior debe darse la siguiente:

Entregar á los criados todo anotado, ó contado cuando menos: recibirlo del mismo modo, y si falta alguna cosa buscarlo sin pérdida de tiempo, y sin dejarlo para otra ocasion.

Los platos que han quedado intactos, ó poco menos, de la comida, se pueden utilizar perfectamente al siguiente día, evitando una gran parte del gasto de la mesa.

Es sobremanera injusto el descuidar el decoro propio y el de su familia bajo el deplorable pretexto de que *para los de casa todo está bueno*. ¿Porqué hemos de estimar más á los extraños que á nuestra familia y que á nosotros mismos? ¿Por qué no hemos de cuidar de que nuestra mesa esté siempre limpia, bien servida y elegante à la vista?

No me cansaré de repetir lo que antes dije: cuidemos nuestros hogares, para que nos sean más agradables que ningun otro.

No teniendo una cocinera de primer orden, hay que encargar algunos platos al *restaurant*, donde son muy caros, sobre todo los de postres: no estaria, pues, de más, el que cada señora supiera componer algunos, dirigiéndose por buenas recetas, en vez de encargar los platos à la confitería y repostería.

Tú misma, si sigues mi consejo, conocerás, mi querida Julia, la utilidad de él, y experimentarás una inocente satisfaccion al ver que un plato ha salido bien, y que tus convidados lo hallan sabroso y bueno.

Adios, hija mia: con los consejos para el alma ya ves que alterno los materiales segun tu deseo, que es tambien, porque conoce su importancia, el de tu apasionada.

FELICIA.

X.

Tu carta, hija mia, me ha llenado del gozo más inmenso y más puro. ¡Qué dulce y grato es al corazon el sembrar la semilla del bien en una alma tan buena y noble como la tuya! Semejantes discípulas hacen honor á su maestra, en cualquiera condicion que la suerte las coloque.

Tu marido—dices—ha ganado un proceso importante, y que duraba despues de muchos años: no me habia equivocado, con respecto á la existencia del talento de Eugenio, ni tampoco respecto al carácter sério y profundo de este talento: te felicito por este triunfo, y te encargo que le felicites tú en nombre mio.

“La suma de sus honorarios, ha aumentado vuestra caja de una manera inesperada, y habeis colocado bien la mitad de esta suma, á fin de que reporte algunos intereses; la otra mitad la destinábais á adquirir muebles para vuestra casa.

—No sabemos qué elegir—me dices con mucha gracia:—yo deseaba varias cosas, todas caras, y vacilaba, entre un hermoso reloj, que representaba una *vendimiadora*, una alfombra blanca, sembrada de ramilletes, y dos sillones de palo-santo, forrados de terciopelo granate:—Eugenio estaba enamorado de una biblioteca de antigua madera tallada.

“Todo esto era muy bello, y no sabemos qué elegir, cuando á los dos nos ocurrió simultáneamente la misma idea.....no, yo creo que antes la tuvo Eugenio.”

—“Julia, me dijo, compraremos un reloj sencillo, y el resto de la suma que destinábamos á comprar un objeto caro, fuese reloj ú otra cosa, la destinaremos al pobre pastor á quien defendí hace poco tiempo y que estaba acusado de un asesinato que no habia cometido: ese infeliz, se halla sin pan, y no puede encontrar colocación, porque aunque le salvé de la muerte, y puse en claro su inocencia, la mancha ha quedado en su nombre, y no halla medio de ganar su vida: tendámosle una mano protectora, porque si no, es fácil que la miseria le empuje al crimen.”

—“Si,—esclamé con lágrimas en los ojos y abrazando estrechamente á mi noble esposo;—sí, Eugenio! tiéndele al pobre Francisco esa mano que él besaba al salir del tribunal, cuando por tu defensa le declararon libre: sosténle en el camino del bien, que yo renuncio á todo cuanto anhelaba: ¡ah, mi bella *vendimiadora*! ya no desearé tu compañía!”

Terminas diciéndome, que tu marido ha pagado el arriendo de una casita en el campo y de un pedazo de tierra, que Francisco cultivará, porque aunque ha sido pastor, también entiende un poco de labranza; que le habeis comprado una borriquilla, y útiles para el cultivo de la tierra, poniéndole en la casita que consta solo de cocina y dos cuartos, una cama, una mesa, un armario y dos sillas, y proveyéndole la cocina de lo más preciso: con eso y algunas semillas para la tierra, el pobre Francisco podrá ganar su vida honradamente, y si tu marido podía decir que le ha salvado la vida, tú podrás asegurar lo mismo; porque si tú, Julia mia, hubieras demostrado grande empeño en embellecer tu casa, Eugenio no hubiera querido disgustarte, y el pobre Francisco se hubiera quedado en la miseria.

¡Qué alegría tan pura debe inundar tu corazón, mi amada Julia!

¡Que celeste paz!

Dios ha dicho: “¡Un vaso de agua que deis, al menesteroso, os será contado en el cielo.”—Piensa, hija mia, lo que Dios te dará á tí, que has sacrificado uno de los más anhelados goces de tu espíritu, el del adorno de tu casa, para dar pan y albergue á un desgraciado, al que todos abandonaban!

El hacer bien, lleva en sí mismo su recompensa: para los más amargos dolores de la vida, las almas buenas han hallado un solo lenitivo: la caridad.

Viendo los males ajenos se sienten menos

los propios: porque ya sea por el sentimiento egoísta que está siempre oculto en el fondo del corazón humano, sea por la natural conmiseración, que el dolor despierta siempre, es la verdad, que olvidamos un tanto nuestras penas al ver las de los otros, uniéndose para ello los instintos buenos y los malos, que viven en nuestra flaca naturaleza mortal.

Creo que Francisco será para vosotros la personificación del afecto, del respeto y de la lealtad: ¡y es tan bueno en este mundo de dolores contar con un corazón que nos es adicto! Es esto tan consolador y tan dulce, que aunque el corazón que hemos conquistado, se halle encerrado en el pecho del ser más infeliz y más abyecto, parece como que caminamos con paso más seguro por la áspera senda de la vida.

No lo dudes, hija mía: el hacer bien dá siempre deliciosos frutos; el primero, el más hermoso de todos, es la satisfacción interior que experimentamos: y después, no todas las criaturas son ingratas, y yo te puedo asegurar que he hallado muchas agradecidas.

Ya veo al pobre Francisco cultivando su tierrecita, llevando sus lechugas y sus coles al mercado, cargadas en su borriquilla, ahorrando de la venta, para pagar el alquiler del terreno que hoy tiene en arriendo, y quizá ahorrando con el tiempo para irlo pagando y que quede por suyo: comprará luego dos ó tres ovejillas y hará poco á poco un pequeño rebaño, que guardará su perro que es su amigo y

compañía. A los veinte y dos años, tener por perspectiva la deshonra y el abandono de todos, era cosa demasiado horrible, y vosotros sois los redentores de su cuerpo y de su alma.

Encarga á ese desgraciado, mi querida Julia que vaya á verte á lo menos los domingos por la mañana, y que te lleve un ramo de flores de los campos, y algunas verduras de las que él cultive; no te puedes imaginar, hasta que lo veas, la influencia que lo bueno y lo bello, tiene en las pobres gentes del pueblo: la sola vista de tu belleza delicada, de tus maneras distinguidas, elevarán el alma de Francisco: para presentarse con decoro á tí y á tu marido, cuidará del aseo de su persona, y procurará hablar mejor: el arreglo de las flores que ha de llevarte, despertará su instinto de lo bello, por poco que exista el germen en su alma, y puesto que su tierrecita y su casa, están á dos pasos de la población, haz aun otro pequeño sacrificio, y busca un maestro que le enseñe á leer y á escribir, para redimir esa pobre alma de la esclavitud de la ignorancia, que es la más terrible y la más odiosa de todas.

FELICIA.